

# Un camino con baches. La negatividad en la obra de Laclau

A bumpy road.

Negativity in Laclau's work

**Paolo París**

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.

Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia. CONICET.

Correo electrónico: ppaolo\_84@hotmail.com

**Resumen:** *En la obra de Laclau hay tres figuras de la negatividad diferentes, pero esto no fue así desde el principio, sino que fue el resultado de un largo proceso de reflexión teórica atravesado por críticas y revisiones. La primera figura es el “antagonismo” en Hegemonía y estrategia socialista. Luego de algunas críticas Laclau desarrolla una segunda figura de la negatividad, la de “dislocación” en Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Más tarde, en La razón populista, aparece la noción de “heterogeneidad”. Este derrotero se ha nutrido del Abgrund de Heidegger, de lo real en Lacan, lo heterogéneo en Bataille, la indecidibilidad y el exterior constitutivo de Derrida, entre otros. Y también ha entrado en diálogo con contemporáneos como Agamben, Badiou, Butler, Rancière, Mouffe y Žižek. La propuesta de este trabajo será seguir esta ruta teórica, los alcances de las tres nociones que señalamos y sus entrecruzamientos.*

**Palabras clave:** Laclau, antagonismo, dislocación, heterogeneidad.

**Abstract:** *There are three different figures of negativity in Laclau's work, but it wasn't like this from the beginning. Conversely, this was the result of a long process of theoretical reflection through critiques and revisions. The first figure is “antagonism” in Hegemony and Socialist Strategy. After some criticism, Laclau develops the notion of “dislocation” in New Reflections on the Revolution of Our Time. Later, in On Populist Reason, the notion of “heterogeneity” appears. This course has nourished from Heidegger's Abgrund, Lacan's real, Bataille's heterology, Derrida's undecidability and constitutive outside, among others. It also has dialogued with contemporaries as Agamben, Badiou, Butler, Rancière, Mouffe and Žižek. This writing's proposal will be to follow this theoretical route, the scope of the mentioned three notions and its intertwining.*

**Keywords:** Laclau, Antagonism, Dislocation, Heterogeneity.

**Anacronismo e Irrupción**, Vol. 8, N° 15  
(Noviembre 2018 a Mayo 2019): 56-72.

 Dialnet  REDIB 

Fecha de Recepción: 01/10/2018

Fecha de Aceptación: 15/11/2018

ISSN: 2250-4982

## Introducción

La pequeña gran obra de Ernesto Laclau comienza a gestarse a mediados de los 70. En ese momento el socialismo soviético comenzaba a entrar en una crisis que culminaría con su derrumbe al final de la década de los 80. Del otro lado del muro comenzaba a surgir lo que se conoció como neoliberalismo, una renovada apuesta por la regulación irrestricta del mercado sobre todas las esferas sociales. Esta vez el proyecto era global, antipolítico y racionalista. Frente a las desilusiones, derrotas y fracasos de la izquierda y el ascenso de aquella asociación entre liberales y conservadores, el panorama político para un proyecto progresista se volvía oscuro. Aunque no dejaba de haber esperanza en los nuevos movimientos sociales que venían surgiendo en distintas partes del mundo.

En torno a este panorama, Laclau (y Mouffe) emprenden una reflexión teórica que posibilite una alternativa al neoliberalismo naciente y a la encarnación socialista moribunda. Y esto se condensó en *Hegemonía y estrategia socialista*. Allí los autores deciden retomar la tradición teórica marxista (principalmente a Althusser y Gramsci) pero recorriendo un camino alternativo dentro de ella a partir de la noción de hegemonía. Esa ruta deconstructiva intenta conjugar la influencia de, por lo menos, tres cuestiones teóricas en debate: 1) la crítica al esencialismo filosófico o la “metafísica de la presencia” heredada de Wittgenstein, Heidegger y el posestructuralismo, que intenta derribar las ilusiones de inmediatez que el referente, el fenómeno y el signo parecían proveer; 2) el rol del lenguaje en la estructuración de lo social, la posibilidad de que sus lógicas relacionales puedan extenderse al campo de las relaciones sociales y así fundar una nueva ontología; 3) la deconstrucción de la categoría de “sujeto”, entendido ya como descentrado, como una unidad relacional, precaria y contingente (Laclau y Mouffe, 2011).

Sin embargo, la crisis de la teoría marxista no se da solamente por estos cuestionamientos filosóficos “externos”, sino también por una serie de *impasses*

“internos” al desarrollo de esta tradición. La introducción de la idea de “desarrollo desigual y combinado” cuestionaba seriamente la posibilidad de sostener “necesidades históricas”, lo mismo que la noción de “hegemonía” cuestionaba seriamente la posibilidad de sostener la idea de un “sujeto universal de cambio”. Viejas nociones como “clase”, “niveles”, “contradicciones” e incluso otras más recientes como “determinación en última instancia de la economía” o “autonomía relativa”, no resultaban compatibles con la gran teoría y tampoco resultaban útiles para pensar los problemas contemporáneos y ofrecer alternativas políticas exitosas.

La propuesta de los autores consistió, entonces, en una revisión de las categorías ortodoxas y heterodoxas del marxismo a la luz de los problemas filosóficos y políticos contemporáneos; la reactivación de algunos elementos de la tradición moderna e ilustrada, que extendió la revolución democrática del siglo XVIII y que continuó expandiendo el socialismo del siglo XIX; y la producción de una plataforma político-filosófica que permitiese articular, de manera pluralista, nuevas y viejas luchas contra la subordinación. Esta invitación fue llamada “democracia radical”.

Como horizonte teórico posfundacional<sup>1</sup>, la teoría del discurso de Ernesto Laclau es en gran medida una reflexión en torno al *Abgrund* heideggeriano, esto es, la idea de que en el lugar del fundamento hay un abismo entendido también como la presencia de una ausencia. Este es el lugar de una negatividad diferente a la de la dialéctica hegeliana, que señala uno de los grandes puntos de ruptura entre el pensamiento estructuralista y el posestructuralista.

La idea fundamental de esta nueva ontología es que cualquier sistema estructural es limitado y está rodeado de un “exceso de significación” que no

<sup>1</sup>Así denomina Oliver Marchart (2009) a la vertiente que continuó pensando la figura del fundamento como abismo y la distinción entre los niveles óntico y ontológico de Heidegger, pero intentando darle una orientación política progresista. En esta corriente también denominada “heideggerianismo de izquierda” el autor incluye a Jean-Luc Nancy, Phillippe Lacoue-Labarthe, Claude Lefort, Alain Badiou, además de Laclau.

puede dominar (Laclau, 2000: 104). Por eso la sociedad como unidad reconciliada consigo misma es imposible. En la política concreta esto contradice la posibilidad de un comunismo como momento de unificación de todos los agentes sociales en armonía, contradice las promesas del neoliberalismo de un orden social confiado en los dictámenes del mercado y la “buena” administración y contradice las promesas de cualquier pensamiento utópico estructurado de esta forma. Sin embargo, para Marchart (2009) hasta aquí la postura sería *antifundacionalista*, pero el agregado *posfundacional* consiste en que esa imposibilidad es *productiva* porque es parte del movimiento de fijación/desfijación que estructura esa totalidad imposible y necesaria. El límite, el obstáculo, no es un impedimento absoluto sino la condición de posibilidad del movimiento, del devenir histórico, de la transformación social, de la libertad. Esto confirma la posibilidad efectiva y viable de un proyecto pluralista, atento a sus (im)posibilidades de articulación. Por eso nos interesa indagar en ese abismo. Porque implica un avance teórico de capital importancia para entender el conjunto del pensamiento filosófico de los últimos tiempos y porque supone un camino de indagación que subvierte muchos sentidos comunes dentro de la teoría social y la práctica política.

En la obra de Laclau, este abismo, esta negatividad constitutiva aparece primero junto a su noción de “antagonismo” en *Hegemonía y estrategia socialista*, obra escrita con Chantal Mouffe. Luego de la crítica de Slavoj Žižek, principalmente, el lugar teórico del antagonismo se desdobra y Laclau desarrolla una segunda aproximación a la negatividad a través de la noción de “dislocación” en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro Tiempo*. Más tarde, en *La razón populista*, aparece la noción de “heterogeneidad” como tercera y última, tal vez, figura de la negatividad en su teoría. Este derrotero se ha nutrido, no sólo de la obra de Heidegger, sino también de *lo real* en Lacan, lo heterogéneo en Bataille, la indecidibilidad y el exterior constitutivo de Derrida, entre otros. Y también ha entrado en diálogo con otrxs autorxs contemporáneos como Agamben, Badiou, Butler, Rancière, además de Mouffe y Žižek. La propuesta de este trabajo será

seguir esta ruta teórica, los alcances de las tres nociones que señalamos y sus entrecruzamientos.

### Antagonismo

Como anticipamos, en *Hegemonía y estrategia socialista* (Laclau y Mouffe, 2011) la noción capital es “hegemonía” pero en ella va a surgir toda una serie de conceptos asociados que permiten explicar el conjunto de relaciones ontológicas que la hegemonía supone. Así aparecen: formación social, sobredeterminación, articulación, discurso, equivalencia, diferencia; pero la que nos va a interesar aquí es “antagonismo”. Esta noción aparece para tratar de describir el campo en el que la articulación hegemónica puede producirse. En esta topología existe una radical imposibilidad de totalización, de unidad absoluta y final del campo social ni de ninguno de sus elementos. Esto es lo que significa la imposibilidad de la sociedad, y una de las formas de obstaculización es el antagonismo.

Allí el antagonismo es presentado como un tipo de relación en el que la presencia del otro me impide ser yo mismo. Aquí, entonces, las identidades no son plenas sino incompletas, fallidas. En cuanto el antagonismo se presenta, mi ser se ve amenazado: “no puedo ser ya una presencia plena para mí mismo” (2011: 168). Y tampoco lo será la fuerza que me antagoniza, puesto que su ser estará contaminado por mi presencia: “su ser objetivo es un símbolo de mi no ser” (2011: 168). La constitución de un Yo y de un Otro se ve entonces desbordada de una significación que va más allá de la positividad.

De esta manera, la relación antagónica, expone la precariedad y parcialidad de cualquier objetividad, es decir, la imposibilidad final de toda objetividad. Ella es solo entonces el efecto de prácticas objetivantes. Este límite de lo social se puede experimentar de dos formas. Como sentimiento de fracaso que pone en juego una crisis identitaria. O como un límite interno de “la

sociedad”, un obstáculo que impide cualquier proyecto de reconciliación absoluta.

En el lenguaje, particularmente, el antagonismo aparece como interrupción. Si una estructura signifiante es un sistema de posiciones diferenciadas, el antagonismo es el fracaso de esa sistematización diferenciante. Él escapa a la aprehensión conceptual porque el concepto es justamente el intento de fijar lo que el antagonismo subvierte. En términos retóricos el antagonismo equivale al procedimiento de la metáfora (y por lo tanto, en términos psicoanalíticos, a la condensación en Freud). En términos sociales, el antagonismo muestra, sin poder decir, el límite de lo social. Manifiesta una exterioridad de lo social. “La sociedad”, de esta manera, ya no puede ser una totalidad, ni racional ni empírica. Es un terreno que nunca alcanza la plenitud, en él cualquier positividad será metafórica y subvertible. Políticamente, el antagonismo es la negación de un cierto orden, y por eso es una limitación a ese orden. Pero no es el momento de una otra totalidad, los dos polos que se distinguen en este enfrentamiento no son instancias objetivas, absolutamente diferenciables una de la otra.

También es importante señalar el lugar de la noción de antagonismo en la teoría lacaniana. Biglieri y Perelló (2011) señalan que este sería el efecto de lo real en lo imaginario. El registro imaginario tiene una cierta autonomía del registro de lo simbólico y lo real, por eso en él algo que no puede decirse todavía sí puede mostrarse. Este registro se rige por las leyes de la *Gestalt* y es el terreno de relaciones especulares. Por medio de ellas es que el Yo puede constituirse. Gracias a un otro especular puede darse la presencia de un Yo. Esto es lo que se denomina cabalmente una identificación y ella implica un cierto grado de antagonismo porque si bien la presencia de un otro es la que permite la presencia de un Yo, aquella presencia es amenazante, porque el Yo depende de ella y porque es alienante, me recuerda que yo no soy yo mismo.

Pasemos ahora a la crítica de Zizek. En *El sublime objeto de la ideología* (2014) el autor señala dos modos complementarios de abordar la crítica de la ideología. Uno sería el análisis del discurso como lectura deconstructiva del “acolchado” ideológico, del sentido común, de un determinado texto. Esto implica la detección de puntos nodales, significantes flotantes y síntomas y sus interacciones. El otro modo consiste en seguir la lógica del goce que se estructura en la fantasía ideológica y se muestra/oculta en el síntoma. Por lo tanto, cuando Zizek titula “Más allá del análisis del discurso” (2000) a su comentario sobre *Hegemonía y estrategia socialista*, se refiere a que uno de los grandes logros de la obra se cristaliza en la noción de “antagonismo social” que: “lejos de reducir toda realidad a una suerte de juego de lenguaje, el campo socio-simbólico es concebido como estructurado en torno a una cierta traumática imposibilidad, en torno a una fisura que *no puede* ser simbolizada” (2000: 257).

De este modo, Zizek sugiere que la noción de antagonismo de Laclau y Mouffe es útil para ejercer ese segundo modo de crítica ideológica. Este señalamiento de una imposibilidad, una fisura de lo social, representa también una reinención de lo Real lacaniano como imposibilidad y su introducción en la teoría social.

Sin embargo, lo que cuestiona el autor es, por un lado, que no se haya introducido a su vez una reconsideración sobre la noción de sujeto. Los autores conservan la idea foucaultiana de “posiciones de sujeto” que no se alejaría demasiado de la interpelación althusseriana. Es decir, que la ideología, como estructura, definiría de antemano los lugares que los agentes van a ocupar. Esta definición de sujeto va en contra de la idea de sujeto en Lacan y es contradictoria, entonces, con la noción de antagonismo. La falla traumática que atraviesa al campo social y lo constituye, se localiza también en el sujeto. Para Lacan el sujeto es justamente lo que falta en la estructura, es el índice de su fracaso.

Por otra parte, Zizek señala la posibilidad de radicalizar la noción de antagonismo así como se presenta en *Hegemonía y estrategia socialista*. Allí se

señala que el antagonismo muestra la imposibilidad de constitución de una identidad unificada porque la presencia del otro me lo impide. Inspirado en la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, Žižek señala que la radicalización consiste en pensar la posibilidad de que aquella identidad primera es imposible, no solo porque el otro la bloquea, sino porque ella misma está autobloqueada. Así surge una distinción entre un antagonismo de la realidad social y un antagonismo “puro”. Si en *Hegemonía y estrategia socialista* el antagonismo se plantea como el momento en el que “la negatividad como tal asume una existencia positiva” (2000: 261), para Žižek hay dos maneras de interpretar esta tesis. Una es que la positividad de nuestra posición es solo la negación del adversario, nuestra identidad no es más que el impulso de eliminar al otro, al que amenaza nuestra mismidad. Aquí hay entonces un bloqueo recíproco, simétrico. En ambos lados de la frontera antagónica tenemos la misma operación, un positivización basada en una negación. La otra interpretación es que el otro sea una proyección de una falta interna en algún objeto exterior, que el adversario sea la positivización de una negatividad propia y constitutiva. Aquí hay un desnivel, entonces, una asimetría en la relación. Porque habría un autobloqueo, una relación de negatividad con nosotros mismos que luego es exteriorizada en otro. Pero ese otro no tiene nada que ver con ese autobloqueo.

El sujeto barrado de Lacan es una conceptualización de esa falta interna, límite al orden simbólico. La subjetivación, la identificación con distintas “posiciones de sujeto”, es el pasaje para evitar la experiencia traumática del autobloqueo. Por eso, en última instancia, el sujeto es justamente la presentificación de una falta de plenitud, un resto que no encaja en el orden del mundo establecido. Representa, justamente, “el fracaso de la subjetivación” (2000: 262).

La apoyatura de este sujeto autobloqueado en un objeto externo se da por medio de la fantasía. Ella llena contingentemente ese vacío inerradicable en última instancia, lo oculta con una promesa de plenitud gozosa. Esta promesa es



conceptualizada como “objeto a” por Lacan. Es una parte de realidad simbólica (e imaginaria) investida con el poder de llevarnos a la plenitud. Ese objeto-causa-del-deseo es la pieza que nos hilvana en el discurso.

### Dislocación

A partir de esta intervención de Žižek, Laclau elabora la noción de dislocación y reformula su idea de antagonismo. El antagonismo pasa a ser un límite interno de lo social, pasa a ser una encarnación posible de la dislocación social, una forma de lidiar con ella. La característica específica del antagonismo consiste en el retorno de lo excluido por el sistema como amenaza. La falla del sistema, en tanto autobloqueo, es transformada en la consecuencia de la presencia de otro. El otro es el culpable de la dislocación. La identificación de un enemigo neutraliza la negatividad de la falla, la positiviza. Por eso el antagonismo forma parte del orden simbólico-imaginario, de la “realidad”. Y en este sentido, es el efecto de una articulación contingente, no hay antagonismos esenciales que deban “salir a la luz” necesariamente.

A diferencia del antagonismo, la dislocación será un límite externo a lo social. Es más, su estatus es más primario y extendido que el de aquel, porque es la falla constitutiva de cualquier elemento y/o sistema. La dislocación tiene dos sentidos interconectados y contradictorios. Por un lado, se presenta como exclusión necesaria y constitutiva de todo discurso, es decir que solo puede aparecer en un marco de relativa estructuración; a su vez, esto implica que las identidades están “siempre-ya” dislocadas (Howarth, 2008: 333), es parte del pasaje al mundo de la significación y la subjetivación. Por otro lado, la dislocación, en tanto límite, exterioridad, que interrumpe, obstaculiza y distorsiona el orden simbólico establecido e impide su cierre, su totalización, su universalización, se presenta como un momento de visibilización de la

contingencia de ese orden; por eso es “la forma misma” de la temporalidad, la libertad y la posibilidad.

Esta doble significación de la dislocación es hija de la distinción heideggeriana entre un nivel ontológico y otro óntico del ser. Estos niveles se corresponden con el “Ser arrojado al mundo” y el “acontecimiento del Ser” (Laclau, 2008a: 399). Esta diferenciación le confiere a la noción de dislocación su característica ambigüedad. Porque es la barra que vuelve posible cualquier diferenciación. Por eso ella es el momento del trauma y también de la creatividad; de la amenaza y la emergencia identitaria; de la determinación y la libertad; de la esencia y de la historia. Las dos dimensiones están interconectadas y son constitutivas de cualquier discurso, estructura, sistema, sociedad o identidad. Es decir que la dislocación afecta tanto al sujeto como a la estructura. Tanto los elementos como el sistema pasan a ser concebidos como fijaciones parciales en última instancia.

En ciertos escritos la dislocación se asocia con lo Real lacaniano. Allí se presenta como la irrupción de la negatividad, el no-sentido, la contingencia, la indecidibilidad, en el orden de la representación. Esta inconsistencia, esta imposibilidad, esta distorsión, serían índices negativos de lo real, que lo manifiestan. Son signos de la incapacidad del orden simbólico de representar lo real, porque siempre será aquello que nunca puede ser adecuadamente representado. Eventualmente, estos agujeros en el orden simbólico pueden llegar a adquirir presencia, positivizarse, representarse, a través de significantes vacíos y/o *objetos a*, que son así reversos positivos de una falta (constitutiva) (Glynos y Stavrakakis, 2008: 257).

En otros escritos, la dislocación es vinculada a la noción de acontecimiento en Badiou. En su teoría el *acontecimiento* interrumpe una *situación*. La situación es el campo de la multiplicidad objetiva, de lo conocible, lo calculable, de las diferencias y las reglas morales. En este campo de objetos presentes y representados, es donde el acontecimiento introduce lo

irrepresentable. Es un corte de la situación que expone lo que la situación oculta, su vacío. El acontecimiento es una substracción de la situación, es inconmensurable con ella y produce una ruptura fundacional. En oposición al saber y la moral de la situación, el acontecimiento se presenta como una verdad ética (Laclau, 2011: 77-78). Ahora bien, el acontecimiento de Badiou, si bien puede compartir ciertas propiedades con la dislocación de Laclau, difiere en este punto central: “sin una dislocación previa en la situación tampoco podría existir un acontecimiento” (Laclau, 2008a: 392). Del mismo modo que con el antagonismo, podríamos decir que el acontecimiento es ya una forma de representar la dislocación. Que la dislocación es, como ya hemos dicho, un nivel más primario de ruptura del orden.

La dislocación también se relaciona con la *distorsión* en Rancière (1996). Esta noción define cabalmente al momento de la política en la teoría de este autor. En ella, el pueblo es la encarnación de la distorsión que consiste en la aparición pública de una parte que no tiene parte y que al mismo tiempo representa al todo comunitario. En la distorsión se verifica la desigualdad del pueblo consigo mismo. El principio de contabilidad de las partes (la *policía* de Rancière) que conforman al pueblo es cuestionado porque, de pronto, el balance de la cuenta entre los seres parlantes y la cuenta de cuerpos no cierra: hay un incontable. En este punto la distorsión plantea un escenario de ambigüedad en el que el orden establecido es subvertido por una fuerza igualitaria que expone su falta de fundamento natural o divino. En este incidente, libertad e igualdad se combinan en un gesto que revela la anarquía que se esconde detrás de cualquier jerarquía, y la propaga. Acontece una reactivación, una actualización del principio de igualdad, que expande el campo de las posibilidades políticas. Laclau coincide con esta concepción, pero cuestiona el optimismo progresista de Rancière quien identifica demasiado el momento de la distorsión política con la emancipación (Laclau, 2009: 306). El cuestionamiento al orden no siempre sigue coordenadas progresistas necesariamente, ya que el momento político implica un

cuestionamiento que es ontológico (al principio de contabilidad, al orden en general) y no meramente óptico.

A la vez, queda expuesta una exclusión interior de la comunidad, se presentan seres parlantes que hasta ese momento no contaban, que eran ruido o silencio. Esta exclusión entonces exhibe la aporética existencia de dos mundos donde se supone que debe haber uno solo. Esto implica una “partición de lo sensible”, un desacuerdo inconmensurable entre dos mundos sin medida común. Aquí tenemos también una desidentificación, a la vez que la formación de una nueva subjetividad encarnada en “el pueblo” como parte que reclama ser el todo.

Exploremos ahora esa noción de dislocación en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Laclau, 2000). Allí se afirma, en primer término, que la generalización de las dislocaciones en la contemporaneidad es un hecho y que sus efectos benéficos serían por lo menos tres: una mayor conciencia de la historicidad y el tiempo; un mayor protagonismo del sujeto y con esto una menor recurrencia de la acción social; y una multiplicación de centros de poder, a veces antagónicos. Para el autor, un nuevo proyecto socialista y democrático debe basarse en la idea de que “el lugar del sujeto es el lugar de la dislocación” (2000: 57) y que por lo tanto se asuma la multiplicación de dislocaciones de nuestro tiempo y que se aproveche para la emergencia de múltiples sujetos de cambio.

En ese mismo texto, Laclau se concentra en tres formas de la dislocación: temporalidad, posibilidad y libertad. La dislocación como temporalidad implica una oposición a la espacialidad. La espacialización procede mediante la repetición, así es como transforma un evento en serie y, mediante esa seriación, la introduce en la estructura preexistente, en un espacio. Pero la dislocación es un evento justamente porque plantea un desajuste espacialmente irrepresentable. Es la aparición del tiempo. En muchas sociedades, la representación del tiempo es circular, está ajustado a ciclos o etapas. Allí lo que acontece en el presente ya aconteció en el pasado y acontecerá en el futuro, invariablemente. En otras, se suma la noción de un cambio teleológico, la idea de

que toda variación de la historia está orientada a un fin último. Ambas formas implican una reducción del tiempo en espacio, una domesticación de la contingencia, una hegemonización de la dislocación.

La dislocación como posibilidad implica que cualquier estructuración puede quebrarse. Esto no significa que todo puede suceder, porque entonces la distinción entre estructura y dislocación carecería de sentido. La dislocación supone un terreno de relativa estructuración y, al mismo tiempo, una contingencia inerradicable que siempre termina por aparecer. Esta aparición supone un movimiento que subvierte la estaticidad del espacio estructurado y su necesidad.

La dislocación como libertad supone la aceptación de la posibilidad siempre presente de la falla de la estructura. La idea de que los sujetos son un mero producto de las estructuras desconoce la posibilidad de una falla en el proceso de estructuración. Y es justamente este fracaso el que da lugar a la emergencia del sujeto como negación del lugar de objeto. Esta insuficiencia de determinación, esta libertad ganada a la estructura, será inicialmente traumática. La independencia, la emancipación, la autodeterminación, entonces, no serán el fruto de la realización de una esencia humana libre de toda determinación, sino de un error que pone en duda el ordenamiento objetivo del mundo y de nuestro ser. La libertad, por tanto, será más vasta cuanto mayor indeterminación estructural haya.

Estas tres dimensiones de la dislocación están mutuamente implicadas y suponen una paradoja sin solución: “hay libertad porque la sociedad no es objetividad absoluta, pero toda acción social tiende a la constitución de ese objeto imposible y, por lo tanto, a la eliminación de la libertad” (2000: 61). Por esto, entender la sociedad es entender también aquello que le impide ser.

De aquí se desprende la imposibilidad de proponer leyes objetivas para el desarrollo de la historia, una estructura dislocada rompe con la continuidad de una serie y las posibilidades que se abren no pueden ser predichas. Porque la

dislocación se presenta como producto de fuerzas que operan por fuera de esa serie, por lo tanto la asimilación de esas fuerzas disruptivas, la posibilidad de recomposición de un orden estructurado, ya no será enteramente dada por la estructura dislocada. Los sujetos que logren producir una rearticulación de la herida estructural serán externos a la estructura dada. Consiguientemente, la dislocación requiere de la constitución de nuevas identidades y subjetividades (Laclau, 2000: 66). Y cuanto más extensa sea la dislocación de la estructura, más indeterminada e impredecible será la respuesta articuladora que la pueda suturar políticamente. Por todo esto, las grandes transformaciones que el desarrollo del capitalismo extendió, abren un conjunto de posibilidades políticas que no están determinadas solo por la lógica interna de la producción capitalista, sino por el exterior constitutivo a esa producción, por una situación histórica particular.

### Heterogeneidad

Ahora centrémonos en la tercera figura de la negatividad, la heterogeneidad. Esta noción aparece en *La razón populista* (Laclau, 2009) como un “más allá” de cualquier cadena equivalencial. En una articulación hegemónica concurren distintas demandas que, por medio de un significante vacío investido con el poder de representar la totalidad, se vuelven equivalentes. La relación que se da entre las distintas demandas no logra eliminar un resto de particularidad en ellas, ni siquiera en el significante vacío. Este resto es el que va a impedir que *cualquier* demanda se sume a la cadena equivalencial, porque la articulación de una nueva demanda puede entrar en antagonismo con la particularidad de alguna demanda ya articulada. La heterogeneidad se trataría, entonces, de un particularismo inerradicable. Pero al mismo tiempo, la heterogeneidad asegura la apertura relativa del encadenamiento y por lo tanto su posible expansión. Esto es así porque la heterogeneidad existe en las demandas que quedan afuera del

espacio de representación, formado por las cadenas articuladas. Esta exterioridad puede proveer a ese espacio de nuevos elementos para la articulación. Pero aun así, la heterogeneidad permanece como aquello que es excluido del espacio de representación, espacio que necesita producir una interioridad que domine esa exterioridad.

Laclau, entonces, indica tres momentos de aparición de la heterogeneidad en su argumento. En el antagonismo (como otredad irreductible), en el particularismo de las demandas equivalenciales y en el particularismo de las demandas que no pueden articularse a la cadena equivalencial. De este modo, cualquier homogeneidad será continuamente amenazada por una heterogeneidad inerradicable. Lo interno y lo externo, lo homogéneo y lo heterogéneo se subvierten mutuamente en un movimiento que contamina la estricta separación entre ambos. Se trata, en términos derrideanos, de una indecidibilidad esencial.

La definición de Georges Bataille de la homogeneidad coincide con la lógica de la diferencia (lógica social), como la define Laclau: conmensurabilidad de los elementos, autoconciencia, reglas fijas, identidades, situaciones, “la violencia es excluida de este curso de existencia” (Bataille, 2008: 138). La heterogeneidad en cambio, incluye a todo gasto improductivo, lo sagrado, el desperdicio, lo trascendente, la violencia, todo aquello que la sociedad homogénea no puede asimilar. En este nivel “los símbolos cargados de valor afectivo tienen así la misma importancia que los elementos fundamentales y la parte puede tener el mismo valor que el todo” (2008: 148). El conocimiento científico es el modelo de abordaje de la realidad homogénea, la mística y el psicoanálisis son los modelos de acercamiento a la realidad heterogénea, ella tiene la estructura del inconsciente (Laclau, 2009: 196).

## Palabras finales

Al final del camino, es notorio cómo las tres figuras que analizamos representan un esfuerzo creciente por radicalizar la negatividad, por extenderla a distintos lugares del horizonte teórico de Laclau. Llegados a este punto, *lo real* lacaniano resulta una herramienta imprescindible para la extensión teórica de la negatividad y sus consecuencias ontológicas (Stavrakakis, 2010). Como vimos, en un primer momento la negatividad aparece con la noción de antagonismo que, en términos lacanianos, se vincula a la aparición de lo real en el orden imaginario. Luego, con la noción de dislocación, lo real aparece en el orden simbólico, en la forma de una interrupción del sentido. Finalmente, la noción de heterogeneidad social, abarca en gran medida a las dos nociones anteriores e introduce un tercer momento de lo real, como aquello que excede radicalmente al espacio de representación. Pero este exterior es también constitutivo, en el sentido de que permanece allí “afuera” para que sea posible un “adentro”.

Esta negatividad, por lo tanto, no es el noúmeno de Kant, porque no es una “cosa en sí”, un ideal al que eventualmente puede accederse. Es, por el contrario, la presencia de una ausencia, una ilusión retrospectiva (Laclau, 2008b: 186). En relación a *la Cosa* freudiana, Laclau señala que “Lacan radicaliza el pensamiento de Freud: la Cosa perdida no es una *imposibilidad del pensamiento*, sino un *vacío del Ser*” (Laclau, 2009: 145). Es decir que la Cosa no es que escapa simplemente a la representación, pero permanece allí en un mundo inaccesible, sino que nunca existió. El supuesto goce que me unía a ella se perdió y esto provoca una falta inerradicable en el ser. Aunque este goce no se pierde completamente, sino que quedan rastros de él en objetos parciales. Ellos no *representan* a la Cosa, como los fenómenos kantianos, sino que la encarnan parcialmente. Esta es una de las definiciones de “el pueblo” en Laclau y una de las contracaras “positivas” en esta ontología.



## Bibliografía

- Bataille, Georges. *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2008.
- Biglieri, Paula y Perelló, Gloria. "The Names of the Real in Laclau's Theory: Antagonism, Dislocation, and Heterogeneity". *Filozofski vestnik*. 32, 2 (2011): 47-64.
- Critchley, Simon y Marchart, Oliver (comp.). *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008.
- Glynos, Jason y Stavrakakis, Yannis. "Encuentros del tipo real. Indagando los límites de la adopción de Lacan por parte de Laclau". *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*. Comps. Simon Critchley y Oliver Marchart. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008: 249-267.
- Howarth, David. "Hegemonía, subjetividad política y democracia radical". *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*. Comps. Simon Critchley y Oliver Marchart. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008: 317-343
- Laclau, Ernesto. *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Laclau, Ernesto. "Atisbando el futuro". *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*. Comps. Simon Critchley y Oliver Marchart. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2008a: 347-404.
- Laclau, Ernesto. "Is Radical Atheism a Good Name for Deconstruction?". *Diacritics*, 38, 1-2, (spring-summer. 2008b): 180-189.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Laclau, Ernesto. *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Filosofía y política*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.
- Stavrakakis, Yannis. *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2010.
- Zizek, Slavoj. "Más allá del análisis del discurso". *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo*. Ernesto Laclau. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000.
- Zizek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2014.